



"GLOBALIZACIÓN"

Madrid, 7 de marzo de 2008

El pesimismo económico avanza imparable en los últimos meses. En los Estados Unidos, en Europa y, sobre todo, en Europa.

Hay motivos fundados para estar preocupados, desde luego, pero intentaré evitar que los árboles no me dejen ver el bosque. Y, sobre todo, intentaré lanzar algunas ideas para explicar con toda claridad que las causas del deterioro económico nada tienen que ver con la globalización, sino todo lo contrario.

Sin duda, los numerosos enemigos que la libertad tiene en todo el planeta han comenzado ya a afilar sus cuchillos argumentales para culpar a la mayor libertad económica y, en particular, a la globalización, de los males de la economía mundial.

Nada más reñido con la verdad. Muchos profesores de la Universidad de Georgetown, entre los que me encuentro, estamos empeñados en que resplandezca la verdad. La prestigiosa publicación de esta Universidad que lleva por título "Globalización, Competitividad y Gobernabilidad está haciendo una gran labor".

Objetivamente, el cuatrienio 2004-2007 ha sido el de mayor crecimiento económico mundial de los últimos treinta años. La economía mundial ha crecido anualmente alrededor de un 5%. En perspectiva, los últimos dos decenios de la

economía mundial son francamente buenos.

El Fondo Monetario ha recortado sus previsiones de crecimiento para la economía mundial en 2008. Es cierto. Pero prevé que la tasa de crecimiento sea superior al 4%. Objetivamente, se trata de un crecimiento robusto. ¿Quién no firmaría este crecimiento para la economía mundial durante todo el próximo decenio?

En el mundo desarrollado, los Estados Unidos han venido siendo un potente motor económico. Los Estados más dinámicos del gran vecino del norte han crecido a tasas del 9%, refutando las tesis de que las altas tasas de crecimiento están reservadas a las economías en desarrollo.

Los Estados Unidos vienen creciendo con fuerza durante tres lustros, mantienen el pleno empleo, registran elevados crecimientos de su productividad y su inflación ha estado en todo momento controlada.

En Asia, Japón consiguió reanimarse, aunque no todo lo necesario, tras tres lustros de profunda postración económica, y China, India, Corea del Sur y muchos otros países del Este y Sudeste asiático vienen registrando tasas de crecimiento de entre el 7 y el 10 por ciento.

Europa, sin embargo, es otra historia. Hasta muy recientemente, ha habido una Europa dinámica y vigorosa, con elevado crecimiento, creación de empleo y productividad pujante, y una Europa con bajo crecimiento, desempleo elevado y pesimismo social.

Esta parte estancada de Europa ha aportado la mayoría de los veinte millones de desempleados que el viejo continente ha llegado a alcanzar, y todo ello por responsabilidad única y exclusivamente propia.

La Europa más dinámica está representada por Irlanda y los nuevos socios de

Europa Central y oriental, con crecimientos de entre el 5 y el 7 por cien, con elevada capacidad de atracción de inversiones y creación de empleo en cantidad y calidad.

Les pondré un ejemplo: en 2005, la inversión directa estadounidense en Irlanda fue más del doble de la inversión directa estadounidense en China.

En los últimos tiempos, sin embargo, los cambios políticos han abierto esperanzas en las dos mayores economías europeas, Alemania y Francia.

La expansión económica es también compartida por muchas naciones latinoamericanas. La economía latinoamericana ha venido creciendo brillantemente en los últimos años, con tasas promedio de entre el 4% y el 5%. El elevado precio del petróleo y de las materias primas ha sido un factor de ayuda, qué duda cabe.

Este crecimiento de las economías latinoamericanas es, además, de carácter equilibrado, con presupuestos públicos mayoritariamente cercanos al equilibrio o, incluso, con superávit, con cuentas exteriores sostenibles y tasas de inflación moderadas.

Se trata de buenas noticias para Iberoamérica, pero no exentas de profundos elementos de preocupación, a los que más adelante me referiré.

Porque Latinoamérica debe ser una prioridad para Europa y los Estados Unidos. Precisamente la Universidad de Georgetown está trabajando con intensidad en relación con Latinoamérica. Ha creado el "Global Competitiveness Leadership Program" y un Latin American Board, del que tengo el privilegio de ser Presidente de Honor. De ahí que profundice particularmente en Latinoamérica.

El gran volumen de ahorro global ha permitido a la economía mundial disfrutar de bajos tipos de interés reales, como ha explicado reiteradamente el Gobernador de la Reserva Federal norteamericana, Ben Bernanke, lo que ha facilitado acometer

Al mismo tiempo, hemos vivido en estos últimos años una etapa de baja inflación mundial, algo novedoso si echamos la vista hacia el conjunto del siglo XX.

Los errores de política económica van a tener un coste económico indudable, sobre todo en aquellas economías que peor han hecho los deberes y a las que la crisis les pilla con un endeudamiento exterior elevado y un déficit exterior excesivo. No hay que ir muy lejos para encontrar ejemplos.

La creación de dinero ha sido excesiva, y los excesos se pagan. Los excesos de liquidez siempre producen resaca, que sólo ha empezado. Las burbujas de activos son peligrosas y los desequilibrios acaban pagándose.

Con todo, les animo a mirar un poco más allá. Porque no todo el mundo puede tener la misma confianza en el futuro.

La economía estadounidense es una economía flexible, innovadora, de bajos impuestos, que atrae masivamente inversiones, que atrae a los mejores cerebros científicos del mundo, que tiene las mejores universidades del mundo, que cuenta con empresas enormemente competitivas, que tiene muy pocas barreras para la constitución de nuevas empresas y el lanzamiento de nuevos negocios.

Los Estados Unidos tienen los mayores expertos económicos del mundo y forman una nación cuya población no sólo es relativamente joven sino que lo seguirá siendo en el futuro gracias a la inmigración.

Esto es una garantía de futuro. Una gran garantía de futuro.

Al mismo tiempo, Asia es un motor de crecimiento que no es fácil de detener.

Europa tiene la oportunidad de remontar económicamente, pero sólo si emprende un cambio de rumbo en su política económica.

Con España sucede lo mismo.

Todo el mundo sabe en España, menos algunos que parece que no quieren enterarse, que llegan momentos económicos muy complicados.

La economía española se ha metido en una crisis económica que se podía haber evitado y frente a la que se encuentra mal preparada. Cuatro años de crecimiento excesivo en el gasto público, cuatro años de subidas de los impuestos, cuatro años de retroceso en la libertad económica, cuatro años de ausencia de reformas estructurales, cuatro años de interferencias en la vida de las empresas, cuatro años de deterioro en los organismos reguladores, pasan hoy una factura que las familias españolas y las empresas comienzan a sentir en sus propias carnes.

Trescientos mil parados más que hace cuatro años, el doble de inflación que hace cuatro años, el triple de déficit exterior que hace cuatro años, la presión fiscal más alta de la democracia.

En este contexto económico tan difícil al que España se enfrenta, más de la misma política económica significa más crisis económica, más paro, menos confianza, menos inversiones, menos prosperidad.

España, al igual que el resto de Europa, necesita otra política económica. En la era de la globalización el camino adecuado es el de la libertad económica, España y Europa necesitan menos gasto público y menos impuestos, menos intervencionismo gubernamental y mayor libertad de empresa, menos proteccionismo y mayor libertad de comercio. España y la mayor parte de Europa necesitan bajar sus impuestos, los ciudadanos necesitan rebajas sustanciales en el impuesto sobre la renta de las personas físicas, nuestras empresas necesitan con urgencia una rebaja del impuesto sobre sociedades para poder competir en la era de la globalización. Nuestras empresas necesitan recuperar los incentivos fiscales a la investigación, el desarrollo y la innovación si queremos facilitar que alcancen mejoras de su productividad y de su

España y Europa necesitan organismos reguladores genuinamente independientes que velen por el interés general, que protejan al consumidor y garanticen la libre competencia.

España y Europa necesitan reformas económicas estructurales, necesitan reformas laborales que incentiven la contratación e incentiven la aceptación de empleos.

España y Europa necesitan avanzar reformas de calado que permitan transitar de un estado del bienestar burocratizado ineficiente e incompatible con la libertad de elección hacia una mucho más saludable sociedad del bienestar fundamentada en un estado posibilitador que garantice a todos los ciudadanos el acceso a servicios de educación, salud, atención a la dependencia, guarderías, y otros servicios sociales en comunión con el sector privado, con mayores niveles de calidad, mayor eficiencia y completa libertad de elección.

España y Europa necesitan reformas profundas en su sistema educativo que refuercen los valores del esfuerzo, del mérito, de respeto al profesor y de calidad de la enseñanza, así como la libertad de elección de los padres.

España y la mayor parte de Europa necesitan una profunda reforma de su sistema de Universidades. La inmensa mayoría de las mejores Universidades del mundo no están en Europa y eso responde a causas bien identificadas, ausencia de incentivos a la excelencia, igualitarismo en la retribución de profesores e investigadores, endogamia y proteccionismo. Los mejores cerebros de Europa siguen marchándose a los Estados Unidos, necesitamos reformas profundas en nuestro sistema universitario y de investigación.

La era de la globalización es, al mismo tiempo, una etapa de menores

desigualdades y de avances hasta ahora desconocidos en la lucha contra la pobreza. Algunos intentan engañar a la población y hacer creer lo contrario, en un ejercicio de sectarismo intelectual.

Los trabajos más rigurosos que analizan la distribución de la renta mundial demuestran que en las dos últimas décadas la economía mundial no sólo ha crecido con vigor, sino que, además, la pobreza se ha ido reduciendo de forma sensible y sostenida.

La causa principal es que algunos países en desarrollo de baja renta per cápita y grandes bolsas de pobreza acumuladas en el pasado, en los tiempos del comunismo o el socialismo autárquicos, como China, India y otros países asiáticos muy poblados, están siendo capaces de sacar de la pobreza de forma rápida y sostenida a muchos de sus habitantes gracias a la apertura comercial y financiera y a la apuesta por el mercado, desterrando la planificación.

Es el gran fruto del mercado y el libre comercio, el enorme rédito que reporta haberse deshecho de la planificación socialista y el proteccionismo.

Las desigualdades también están en retroceso en el plano mundial. Los estudios académicos más rigurosos lo atestiguan. Los ingresos de los más acaudalados crecen con robustez, pero el progreso de las rentas bajas y medias permite acortar globalmente las desigualdades.

Con las estadísticas oficiales de la ONU en la mano, los indicadores sociales demuestran que también se ha progresado muchísimo en términos de acceso a agua potable, servicios de alcantarillado, calorías ingeridas por día, educación, servicios sanitarios, tasa de mortalidad infantil y esperanza de vida. Que muchos, demasiados millones de ciudadanos no hayan alcanzado aún niveles decentes de acceso a esos servicios no puede oscurecer el progreso que viene cosechándose.

Cientos de millones de habitantes de los países en desarrollo ven así mejorar su situación año a año. Me permito remitirles, por ejemplo, a los estudios del profesor Sala y Martín, de la Universidad de Columbia. Uno de ellos, muy interesante, y que les

recomiendo leer, fue publicado hace aproximadamente un año y medio en la prestigiosa revista *Quarterly Journal of Economics*.

El análisis es muy interesante. Se divide el planeta en tres grupos de países: los más abiertos económicamente al exterior, los menos abiertos al exterior, y el resto. Y se analizan las tasas y volúmenes de pobreza desde 1980 hasta la actualidad.

En el primer grupo, las estadísticas del Banco Mundial reflejan una reducción del número de personas que viven con menos de dos dólares al día de 500 millones. En el segundo, el de los países más autárquicos comercialmente, el número de personas que viven con menos de dos dólares al día no se reduce, aunque sí se reducen las tasas de pobreza, pero simplemente porque la población ha crecido.

Lo anterior significa que la economía mundial, y aunque algunos afirmen lo contrario con premeditada falsedad, está ganando terreno de forma muy importante en términos de lucha contra la pobreza, de la reducción de las desigualdades y de acceso a servicios básicos.

Y significa también que ese terreno se gana, en definitiva, gracias a que medio planeta ha abrazado decididamente el mercado y el libre comercio.

Y esto conviene que se sepa. Los enemigos de la libertad, de la libertad política y la libertad económica, los amigos del “socialismo del siglo XXI”, que es mucho más aburrido que el “socialismo del siglo XX” porque ya conocemos de antemano sus resultados, y que no es más que un cóctel indigesto elaborado a partir de comunismo planificador, indigenismo y populismo, saben que el mercado y el libre comercio son herramientas eficaces de lucha contra la pobreza y de progreso. Por eso combaten con fiereza la libertad y la globalización.

Queda mucho por hacer, por supuesto. Hay demasiadas personas que todavía viven en situación de pobreza. En África, sobre todo, pero también en Asia y en muchos países de América Latina.

Justamente en aquellas regiones y países que se empeñan en cerrar sus puertas

Todos los que tienen responsabilidades de Gobierno y responsabilidades en las empresas deben volcarse en crear las oportunidades necesarias para que cada persona, con su propio esfuerzo, pueda salir adelante y mejorar.

Pero para ello deberíamos valernos de la experiencia obtenida. Una experiencia que habla de mercados en libre competencia, de libre comercio internacional y de instituciones sólidas, capaces de hacer respetar las reglas del mercado libre.

En definitiva, de algo que ya Adam Smith explicó hace más de dos siglos en su célebre obra “La Riqueza de las Naciones”.

¿Por qué China, Corea del Sur o India están dando un salto formidable en su prosperidad y en la reducción acelerada de la pobreza? ¿Cuáles fueron las causas de esas terribles bolsas de pobreza? ¿Quiénes fueron los responsables? ¿Por qué una gran parte de África permanece estancada en la pobreza? ¿Por qué una parte de Europa crece con dinamismo y otra parte de Europa acumula paro y crece poco? ¿Por qué unos países atraen ingentes flujos de inversiones y otros ahuyentan y expulsan la inversión?.

Y también, ¿por qué algunos países latinoamericanos tenían una fuerte capacidad de atracción de inversiones en el pasado y han dejado de tenerla?

¿Por qué los ingentes flujos de inversión directa de numerosos sectores productivos manufactureros europeos y estadounidenses vienen canalizándose mayoritariamente hacia Norteamérica, Europa y

Asia y no hacia Latinoamérica, a pesar de que la región latinoamericana dispone de mejores dotaciones de capital humano, de mayor cercanía física y de mayor afinidad cultural?

¿Por qué el gran protagonista económico de este siglo XXI está siendo Asia y no

Todas estas cuestiones tienen una respuesta. Detrás de las realidades hay causalidades, y no casualidades.

En mi opinión, hay razones muy fundamentadas que explican que el avance de la prosperidad y de la equidad coincida con el avance de la globalización, esa palabra maldita para algunos, y que sin embargo tanto está ayudando justamente a lograr los supuestos fines de quienes la combaten con ferocidad.

La eliminación de barreras proteccionistas al comercio y a la inversión es una de las vertientes del fenómeno de la globalización más importantes a la hora de explicar la mejora de la economía mundial. Más aún, quienes más abrazan el libre comercio, más se benefician de sus ventajas.

Y es que tenía mucha razón el presidente del Senegal cuando afirmaba que “mi país lo que necesita es más globalización, no menos”.

Fíjense en África, el continente más pobre del planeta. Hay quienes osan afirmar que África es pobre como consecuencia de la globalización. Hay quienes culpan a las multinacionales, en un discurso tan obsoleto como ridículo.

Mi pregunta es: ¿tiene África un problema de exceso de globalización?

Si la globalización es un fenómeno de libre circulación de mercancías, capitales, personas, tecnología e información, ¿sufre África las consecuencias de un exceso de comercio de mercancías? Todo lo contrario.

¿Tiene África un exceso de afluencia de capital extranjero, de exceso de multinacionales? ¡Pero si en África es imposible encontrar multinacionales! No hay inversión extranjera, y ese es precisamente uno de los problemas.

¿Hay exceso de entrada de trabajadores extranjeros en África? Pues es más que obvio que no. ¿Hay exceso de llegada de tecnología? Pues claro que tampoco.

África tiene un triple problema de inestabilidad institucional, de escasez de libertad económica y de escasez de capital humano. África pide globalización a gritos, como lo piden los países más pobres del planeta.

De ahí la importancia que para la continuidad del desarrollo mundial y, en particular, para los países más pobres, cobran las negociaciones multilaterales de la Ronda Doha de la Organización Mundial de Comercio, que tantas veces han fracasado.

Y tengo que decir que me apena ver que una parte de la clase política de Europa y de los Estados Unidos sigue aferrada a posiciones proteccionistas, que no está a la altura de lo que exige el desarrollo y la lucha contra la pobreza.

Un ejemplo ha sido la oposición de una parte del Parlamento estadounidense al acuerdo de libre comercio de los Estados Unidos con Colombia, algo que yo critiqué en las páginas de The Wall Street Journal.

Es la consecuencia de la falta de liderazgo político, de la carencia de visión, que lleva a poner por delante los intereses sectoriales y particulares frente a los intereses generales. Europa y los Estados Unidos se perjudican a sí mismos con políticas tan miopes.

Al mismo tiempo, ¿es que no se piensa en el mensaje que se está lanzando a un país como Colombia, con un Presidente y un gobierno firmemente comprometidos con la libertad y que lucha con denuedo contra el narcoterrorismo? ¿Se puede dar la espalda a un país como Colombia que es ahora mismo un baluarte en la defensa de las libertades y la democracia en América Latina?

Lo mismo cabe decir de algunos dirigentes de países en desarrollo, lamentable y deliberadamente interesados en conseguir que la Ronda Doha siga fracasando, aunque sea a costa del bienestar de sus ciudadanos más débiles.

Muchos responsables políticos tienen una grave responsabilidad en que el comercio mundial no avance, porque están condenando a millones de personas a

Y de paso, perjudican a sus propios ciudadanos, con una visión cortoplacista y errónea del libre comercio.

En el terreno del libre comercio, hay quienes piensan que el libre comercio sólo debe avanzar por la vía multilateral. Académicamente, este punto de vista es irreprochable, como le concedo a Jagdish Bhagwati, a quien me une gran amistad.

Pero la política es el arte de lo posible. Yo creo que la vía multilateral debe ser la prioritaria, pero que se debe ser pragmático y avanzar también en la vía bilateral y regional.

Los acuerdos bilaterales y regionales de liberalización del comercio acaban produciendo efectos beneficiosos para el conjunto de los ciudadanos. Es cierto que producen eso que los economistas llaman desviación del comercio, pero en términos generales sus ventajas superan a los inconvenientes.

Para España fue vital su ingreso en la Unión Europea, que se tradujo en una gran liberalización comercial que más adelante hizo posibles nuevas liberalizaciones en el ámbito multilateral.

Mi opinión es que a los Estados Unidos, a la Unión Europea, a México y a Chile les han venido muy bien sus respectivos acuerdos bilaterales de libre comercio, más allá de los costes del ajuste, que siempre existen.

Estoy convencido asimismo de que a América Central y a la República Dominicana les va a beneficiar mucho el Acuerdo de Libre Comercio con los Estados Unidos.

Y creo que sería muy positivo que este tipo de acuerdos se extendieran a más países de la región.

Chile es un buen ejemplo de país latinoamericano que ha combinado con sabiduría la apertura comercial multilateral con los acuerdos comerciales bilaterales.

En definitiva, la economía mundial necesita un nuevo impulso a la liberalización del comercio mundial. Es difícil reactivar la Ronda Doha, pero hay que intentarlo. Habrá que esperar, eso sí, a las elecciones estadounidenses. Y mientras, cada país o bloque comercial debe ir avanzando en el plano bilateral.

El segundo vector de progreso que acompaña al fenómeno de la globalización es la rápida extensión global de la tecnología en un contexto de progreso técnico acelerado.

Porque no es posible entender el crecimiento económico mundial sin el crecimiento de la productividad que está generando la difusión de las tecnologías de la información y la comunicación. Contribuyeron decisivamente a la expansión económica de los Estados Unidos y el resto del mundo ha ido beneficiándose de sus efectos.

El sector de las telecomunicaciones es probablemente el que mayores crecimientos de la productividad ha generado en el conjunto de la economía. Cada trabajador es mucho más productivo con un teléfono celular, Internet y correo electrónico en cualquier sector de la economía que lo que lo era antes.

A lo anterior debe añadirse un tercer factor: el incremento de los flujos migratorios que, adecuadamente ordenados, y con una política de inmigración claramente orientada hacia la integración, se convierten en fuente de prosperidad para el país que acoge la inmigración y para el país de emigración.

Como ustedes saben muy bien, España ha sido durante estos últimos años país de acogida de centenares de miles de ciudadanos latinoamericanos, que con su esfuerzo ha contribuido a la prosperidad de la Nación española.

Al mismo tiempo, España es hoy el segundo país del mundo en volumen de remesas enviadas al exterior. Estas remesas son recursos de incalculable valor para los países receptores.

La globalización requiere, no obstante, de un terreno adecuadamente abonado para que la prosperidad pueda germinar.

En mi opinión, esas condiciones que hacen posible la prosperidad se resumen en tres: estabilidad institucional, estabilidad económica y reformas. Antes ya me referí a España y a Europa. Ahora me referiré a Latinoamérica.

Los políticos latinoamericanos responsables deben garantizar por encima de todo la estabilidad de las instituciones del Estado, que debe a su vez garantizar la propiedad privada, el respeto de los contratos mediante la administración de justicia y hacer valer el imperio de la ley.

La inestabilidad institucional produce un daño devastador, aunque no sea perceptible en el corto plazo. Ganar la confianza, afianzar la credibilidad, requiere tiempo y perseverancia. Es un proceso muy costoso. Y sus réditos son muy elevados.

Pero la confianza se puede perder muy rápidamente. Y sus efectos se dejan sentir por mucho tiempo, porque recuperar la credibilidad requiere esfuerzos ingentes.

El velo de Penélope requería muchas horas para ser tejido durante el día. Deshacerlo en la noche es cuestión de minutos.

La experiencia es ilustrativa, de nuevo, en Latinoamérica. Determinadas economías latinoamericanas registraron flujos masivos de inversión extranjera en la segunda mitad de los noventa. Muchas de ellas procedían de España. Lo sé muy bien

porque alenté esas inversiones como Presidente del gobierno.

Pero la inestabilidad institucional, en cualquiera de sus modalidades, ha abortado este proceso en determinados países que han sucumbido a la tentación populista, estatista e indigenista. Tristemente, sus ciudadanos tendrán la oportunidad de comprobar el enorme coste de esos errores.

La Fundación FAES, que presido, elaboró un informe estratégico titulado “América Latina: una Agenda de Libertad”, que hemos presentado ya en algunos países de la región.

Alertamos del riesgo de la deriva populista, neocomunista, antiliberal y autoritaria de lo que se ha dado en llamar el “socialismo del siglo XXI”, que es tan viejo y está tan llamado a fracasar como el del siglo XX.

Y proponemos para la región una agenda de libertad, naturalmente, también, de libertad económica, para hacer posible que América Latina entre definitivamente en la senda del desarrollo económico y social, ensanche sus clases medias, establezca sus instituciones democráticas y destierre para siempre las tentaciones totalitarias en cualquiera de sus versiones.

El gran reto económico de América Latina es la estabilidad institucional, la libertad y la estabilidad, que deben extender su campo de acción al terreno de la política económica.

El respeto de los derechos de propiedad y el respeto de los contratos es completamente esencial. También lo son las reformas estructurales en la dirección de la privatización, de la liberalización y de la competencia, de la estabilidad presupuestaria y de la bajada de impuestos.

América Latina necesita esas reformas de gran calado en las estructuras

En el plano institucional, son fundamentales los reguladores independientes, al mando de los cuales debe haber profesionales de reconocido prestigio y probada autonomía decisoria. En el supervisor bancario, en los organismos de defensa de la competencia, en la regulación del sistema energético, en la regulación de las telecomunicaciones.

América Latina necesita también reformas fiscales de calado, que reduzcan drásticamente el fraude fiscal, ensanchen las bases fiscales y hagan posible un tránsito a gran escala de la economía informal a la formal.

Todas estas reformas permitirían proteger mucho a las economías latinoamericanas en los episodios de inclemencia financiera internacional.